

Diálogo desde el más allá de la historia

Enrique Medina Florez*

Resumen: En algunos de sus escritos, Wilt Durant juntó personajes de diferentes momentos de la historia para conversar en un escenario imaginado. En el siguiente escrito se encuentran dos grandes psicoanalistas: Freud y Jung, junto con dos grandes escritores: Dante y Goethe. La conversación imaginada por un bibliotecario pone de manifiesto algunas preocupaciones universales sobre el alma humana.

Palabras clave: psicoanálisis, arquetipos, Eros, libido, Thanatos, Inconsciente, sublimación.

Abstract: Wilt Durant, in some of his writings, joins personages of different moments of the history to talk in an imaginary stage. In the following writing two great psychoanalysts: Freud and Jung are met together with two great writers Dante and Goethe. The imagined conversation by a librarian shows some universal preoccupations about the human soul.

Key words: psychoanalysis, archetypes, Eros, libido, Tanatos, unconscious, subliming.

Personajes:

- El bibliotecario
- Dante Aligheri
- Sigmund Freud
- Carl Gustav Jung
- Johann Wolfgang Goethe

* Escritor, Humanista, Profesor Universitario, Secretario Perpetuo de la Academia Boyucense de Historia.

El bibliotecario, simultaneando su atención entre la pantalla del ordenador y un gran texto que tiene en sus rodillas, piensa en voz alta: "la cultura digital, o la tecnología de punta, tiene el gesto del jinete que sangra los hijares de su caballo por recibir la ovación de los peatones. Vivimos en la era de las fatigas, las taquicardias, el cine con exceso de adrenalina, los medios de comunicación fascinados por la violencia".

El programa de cada ser humano consiste en una carrera desbocada hacia las fortunas fáciles, los amores y las lecturas rápidos. Una orgía de muertes y aplausos, así veo la caótica cultura occidental, con su política inhumana, con sus presupuestos de guerra en competencia internacional; veo los vicios rampantes (tabaco, alcohol, entre otros); el viejo saber filosófico degradado a sofismo palabrero, tal como pasó en la decadente Grecia Antigua; los deportes violentos y de alta peligrosidad invadiendo el tiempo del buen ocio cuando antes se leía o se hacían grupos de aficionados al teatro. Hoy en las graderías de los estadios el ocio de los espectadores se engorda por su gran amor al deporte de ver jugar.

Desde el más allá, en el que no creía Freud, pero en el que sí creía Carl Gustav Jung, pueden estos dos patriarcas estar dialogando, en arcaicos símbolos, sobre la civilización occidental: nuestra civilización minada de contradicciones. La máxima contradicción es odiar la irracionalidad con el entendimiento y devorarse continuamente su propia cola o sombra, sintiendo la presencia de lo desconocido, el grito del inconsciente. Esa autofagia es el mal llamado progreso, verdaderamente enloquecido, de nuestra cultura. Es el ouroboros: la serpiente que devora su propia cola y alarga su cabeza en eterno e infinito movimiento.

— Pero, ¿quién entra acá?

Entra a dialogar conmigo el doctor Carl Gustav Jung, y viene tras él Sigmund Freud.

— Jung: Desde este mirador de ultratumba, mire usted doctor Freud, cómo convergen ríos de turistas para ver en Italia el Moisés de Miguel Ángel, estatua sobre la cual usted escribió uno de sus más populares ensayos. Y mire también cómo los frescos de la Capilla Sixtina, con su representación del Juicio Final, de la Creación, las sibilas y los profetas, producen el mismo fenómeno de atracción sobre las masas humanas que pueden ver así la historia universal sintetizada en una danza litúrgica y bajo el ritmo de un acorde cósmico, arquetipo de música sagrada. ¿No cree usted, padre del psicoanálisis, que entre los profetas y las sibilas podrían entrelinearse los grandes poetas, narradores, dramaturgos y hermeneutas de los grandes mitos que son los sueños de la humanidad?

— Freud: Celebro reiniciar el diálogo que interrumpió nuestro mal entendido, a propósito de matices de interpretación sobre el alma humana. Creo que el énfasis que le di al amor sexual sólo puedo verlo ahora como el símbolo de un erotismo que a nivel del cosmos rigen principio y fin del universo. El Moisés de Miguel Ángel, que inspiró mi ensayo, representa ese momento en el que el caudillo de Israel escuchó el río de la orgía libertina que celebraban los judíos, mis hermanos, en torno del becerro de oro. Por eso el liberador Moisés fue captado por Miguel Ángel y plasmado en mármol, en el momento en que el inspirado por Dios se levanta y anuncia con su ademán el acto de ir a castigar el desorden. Y recuerde usted, doctor Jung, que mi escrito *El malestar de la cultura* me fue sugerido por la pesadilla sangrienta de la Guerra mundial entre 1914 y 1918. Entonces tuve que reconocer que la sombra del Eros, libido, o amor cósmico, tiene en el Thanatos, o impulso de muerte, su equilibrio dialéctico que nos lleva desde lo inconsciente, como le ocurrió

a Edipo, a los actos parricidas, magnicidas, delictivos. Que aparece y desaparece como tentador, acusador, traidor, anticristo. Así como entre los antiguos griegos el furor bélico arrastró a las Bacantes a descuartizar a Orfeo. Este siempre pasa en los entreactos Thanáticos de la cultura. Conocemos en psiquiatría estos entreactos como matanzas de enemigos en las pirámides aztecas, en homenaje a Quetzalcoatl, esa serpiente alada que reaparece en tantas mitologías del mundo. También ha reaparecido en forma de cámaras de gas para el pueblo, mi pueblo, y al que también pertenecieron Einstein, Marx, Kafka, y tantos otros sacrificados al Dios del racismo. Lo mismo ocurrió en Hiroshima como hoy ocurre en Bagdad y en otros escenarios mundiales donde hay odio de razas. ¿Qué infierno llevamos en el Inconsciente, doctor Jung?

— Jung: Llevamos cielo y el Infierno como nos lo muestran algunos círculos mágicos dibujados con diferentes materiales por los monjes del Tibet y que a veces solamente se representan en la imaginación de los meditados lamas, en un ejercicio de concentración, contemplación y búsqueda de la armonía interna para asumir en nuestra conciencia humana la magnífica gravedad de la vida cósmica. En algunas de mis obras expuse el proceso de individuación como el logro fundamental del desarrollo de la mente humana. Esa forma de ejercitarnos en tener una cosmovisión en la cual quepan el bien y el mal sin que nos destruyan la integridad síquica, es uno de los puntos fundamentales en mi aporte al psicoanálisis. Nosotros dimos impulso a dos aspectos que aparecen como divergentes ante la mirada belicosa y anhelante de espectáculos pugnaces. Pero desde aquí, desde este *ser postmortem*, podemos hacer la lectura del alma humana que usted inició en sus obras. Yo continué su explora-

ción y me encontré, en mis siete sermones a los muertos, que están incluidos en mi libro *Pensamientos, ideas y sueños*, con el hecho de que desde nuestro inconsciente clamamos y representamos su vida los que llamamos muertos. Desde nuestro estado actual de almas despiertas, veo en sus textos la raíz de lo que en los míos es continuación más que negación de sus aportes.

— Freud: Usted vivió mucho del más allá el mundo de los muertos también en *Transformaciones y símbolos de la libido*.

Desde el penumbroso fondo de la biblioteca aparece la figura de Dante Alighieri.

— Dante: Saludo con respeto y afecto a los doctores. Yo fui el profeta de Florencia y quiero dialogar sobre poesía y psicología con ustedes, eminentes maestros que han vivido vías y desvíos de la humanidad en estos siglos posteriores a la época en que fui poeta, teólogo, político y amante, cuando finaba la edad media, puse el mayor empeño en poetizar la relación entre Dios y el alma de cada persona y el amor entre las mujeres y los hombres. Califiqué en mi comedia vicios y virtudes y describí las penas y los gozos del más acá donde estamos nosotros ahora. Elevé a Beatriz, de quien me enamoré, cuando viví en Florencia siendo casi un niño. Allá en la tierra nuestros destinos fueron divergentes. Ella realizó su amor humano con otro más venturoso. Yo a mi vez, formé hogar con otra dama. Tampoco tuve triunfos políticos. Sólo en la poesía obtuve una compensación *postmortem*. En un corto escrito de mi juventud, *La vida nueva*, conté las visiones simbólicas con que revelé mi amor y mi sufrimiento. ¿Cómo ven los sicólogos de hoy esas huellas de mi paso por la vida?

Cada tarde reviso que el orden topográfico esté en perfecta situación, pero al volver por la mañana hallo repetido algún desafuero de esos. Para tranquilizarme y no pensar en fantasmas ni duendes, recuerdo que el doctor Freud llamó muchos de esos actos equívocados –como cambiar el si-

tio de las cosas, o buscar los anteojos cuando ellos están sobre las cejas– como “actos fallidos” o *lapsesus calami*. Puede ser que todo este ensayo no sea más que un empujón del inconsciente caótico y una orgía libresca como rebelión contra el sagrado orden académico.

Bibliografía

Donn, Linda; Freud, S. y Jung CG. 1990. Buenos Aires: Verlap.

Evans, Richard. 1968. *Conversaciones con Jung*. Madrid: Ediciones Guadarrama S.A.

Freud, Sigmund. 1988. *Obras completas*. Tres tomos. Madrid: Editorial Plaza y Janés.

Jung, Carl Gustav. 1950. *Tipos psicológicos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

_____. 1953. *Transformaciones y símbolos de la libido*. Buenos Aires: Paidós.

_____. 1966. *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Barcelona: Seix Barral.

_____. 1968. *Consideraciones sobre la historia actual*. Madrid: Guadarrama.

_____. 1998. *Simbología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.

Jung, Carl Gustav y otros. 1966. *El hombre y sus símbolos*. Madrid: Aguilar.